

IVÁN TERUEL

# ¿SOMOS EL FRACASO DE CATALUÑA?

La voz de los desarraigados



## ÍNDICE

Historias de encajadores .....	11
A modo de prefacio .....	25
Nota aclaratoria .....	39
1. «Andaluces de Jaén, aceituneros altivos» .....	41
2. El niño de las piedras .....	73
3. La transición, según mi padre.....	101
4. La transición, según mi tío .....	121
5. El proceso de catalanización .....	133
6. De la anécdota a la categoría: Una aproximación .....	223
No fue igual, fue peor .....	271

## HISTORIAS DE ENCAJADORES

### *En el principio fue el Facebook*

Hace unos años, ante la insistencia de una amiga, me abrí una cuenta de Facebook. No acababa de entender su gracia ni su utilidad, pero ella era muy insistente y yo de naturaleza sumisa. Cumplido el trámite, me olvidé de la cuenta, hasta que cierto día descubrí que en las páginas *web* que visitaba, tanto de noticias como de artículos académicos, aparecía en azul una «F» que, si la pisabas con el ratón, te colgaba aquellas informaciones en tu página de Facebook. Maravilloso. Siempre he gestionado mal el archivo de mis cosas –ni siquiera tengo una carpeta con los artículos de prensa y los rescato, como puedo, buscando en la red alguna palabra cuya presencia recuerdo– y aquello me ofrecía una magnífica oportunidad para conservar los materiales que me interesaban.

Como una parte de mis publicaciones se refería a la política española, y mi perfil era público, poco a poco mi muro comenzó a llenarse de comentaristas, desconocidos para mí y que, sin tener presencia pública en su mayoría, mostraban extraordinaria lucidez analítica. Y mucha gracia, a qué negarlo. También empecé a recibir solicitudes de amistad. Al-

gunos, además, me escribían en privado para que diera publicidad a sus cosas. Sus cosas eran sus quehaceres y, sobre todo, sus preocupaciones, sus malas experiencias en Cataluña. Conocían o padecían una situación injusta y tenían razones para pensar que si lo contaban en sus muros peligrarían sus empleos o sus relaciones personales. Muchos de ellos acudían al *Face* como quien asiste a una reunión clandestina o a uno de esos grupos de apoyo tan populares en Estados Unidos. No podían compartir tribulaciones con sus vecinos, habían roto con su familia y no se atrevían a levantar la voz en sus pueblos ante el temor a ser señalados; pero, al final del día, ante la pantalla de ordenador se reconocían en las palabras de otros como ellos, también condenados a ocultar sus convicciones. Los unos con los otros se contaban sus malos ratos, y compartían informaciones y argumentos más o menos ordenados. Los más decididos acabaron por convenir un encuentro –fuera del pueblo, eso sí– y pudieron comprobar que sus interlocutores, algunos con rebuscados apodos, tenían densidad humana. No estaban solos, ni tampoco locos. Sucedió memorablemente con el *procés*. No pocos amigos virtuales se convirtieron en amigos reales. Y hasta en amores. Ciertamente, aquello del Facebook tenía unas facetas insospechadas. No sabía yo en aquellos momentos hasta qué punto.

Pero eso lo contaré, quizá, en alguna otra ocasión. Ahora quiero acordarme del verano de 2017, cuando reparé en los posts de un joven profesor de instituto de Gerona. Nos llevábamos bastantes años pero sus circunstancias no me resultaban extrañas. Yo también era hijo de «inmigrantes», había vivido una parte de la infancia en lo que ahora llamamos «pisos patera» y mis padres –en su caso sus abuelos– tampoco habían sido escolarizados (en mi caso eran directa-

mente analfabetos). Con diferencias importantes: yo vivo en Barcelona y trabajo en la universidad y el joven profesor vivía en Gerona e impartía sus clases en un Instituto de enseñanza media. En pleno territorio comanche. Escribía con oficio y afán de verdad. Esto último se dejaba ver especialmente cuando exponía sus fragilidades y hasta sus cobardías, o lo que él juzgaba como tales. Con honestidad, sin retórica, daba mil vueltas a sus indecisiones. Pero, incluso cuando comparecía la sombra del autoengaño, daba un salto atrás y recuperaba perspectiva y temperatura moral. Algo nada sencillo en sus circunstancias. Desde los experimentos de conformidad de Asch conocemos que, aunque una pared sea verde, si nuestro entorno sostiene que es blanca, acabaremos por verla blanca. Nadie levanta la voz si lo van a señalar. Y, si se sabe observado, será el primero en señalar a quienes levanten la voz.

Con esos mimbres se constituye la trama del libro que el lector tiene entre sus manos. La experiencia, descrita con pulso de narrador, y la reflexión sobre la experiencia. Contar lo que pasa y tratar de entenderlo. Si los filósofos me permiten la licencia, el libro, en su remate, tiene algo de hegeliano: el despliegue de la autoconciencia del Espíritu. No pretende, obviamente, desarrollar ninguna teoría sociológica, si es que hay algo que se pueda llamar en serio «teoría sociológica». Se limita a acudir a algunas conjeturas empíricas, en su mayoría solventes, que le ayudan a ordenar unas vivencias que no son solo suyas: el desdén y hasta el racismo y, también, la dificultad para levantar la voz ante el desdén y el racismo. Lo de Facebook, pero a solas y en letra impresa. Las vicisitudes que nos cuenta las han vivido muchos: pequeñas vejaciones, condescendencias, reproches por parecerse a los suyos y elogios por esforzarse en dejar de ser como ellos. La apestosa

lluvia fina que sostiene a todos los totalitarismos y que, en Cataluña, ha conseguido algo inaudito: que una minoría privilegiada se presente como víctima de los excluidos, a quienes desprecia y humilla.

Porque esa es la sorprendente realidad: los que mandan se describen como explotados. Y muchos se lo creen. También los humillados y despreciados. Inaudito, pero explicable. Lo ha contado uno más de una vez: entre las muchas continuidades entre el nacionalismo catalán y el franquismo, la más sórdida de todas es la rentabilización de la derrota que la dictadura infligió a las clases populares. Hay otras continuidades, si quieren, más cínicas. Por ejemplo, la de cargos y personas que documentó magníficamente Roger Molinas en una entrada («Els alcaldes franquistes de Convergència») de su blog *Reflexions d'un arqueòlog glamurós*: de los 219 alcaldes franquistas que se presentaron en las primeras elecciones, el 43% acabó en CiU (y, si quieren completar el cuadro, en la «franquista» AP solo recaló el 4,5%). Nada sorprendente, si se piensan bien las cosas y las clases. Pero esa continuidad no es más que el epifenómeno de otra, la que quería recordar: Franco arrebató los derechos de ciudadanía a los más pobres y el nacionalismo se aprovechó a conciencia de ese expolio. Los trabajadores, los abuelos de Iván Teruel, mis padres, llegaban a Cataluña como llegan los sin papeles. En el mayor de los desamparos. Se sentían responsables de una deuda que nadie precisaba y pedían perdón por existir. Si tenían un problema no acudían a la policía o a los jueces, sino a los suyos. No confiaban en el Estado sino en su familia o en los de su pueblo. Incluso para reclamar lo justamente suyo. Sencillamente, nadie les dijo nunca que eran ciudadanos. Los otros les precisaron la idea: no eran catalanes. Eran charnegos, personal de servicio. Si acaso, «los otros catalanes». Reparen en cómo se